I

MATILDE A LAURA

«PARÍS, OCTUBRE DE 18...

Despues de dos meses de llanto y soledad, despues de dos meses de abandonarme á un dolor sin consuelo, vuelvo los ojos á tí, hermana mia; á tí, que muerto ya mi adorado esposo, y despues de mis hijos, eres lo que amo más en el mundo.

Nuestras edades difieren bastante para explicar el cariño maternal que por tí siento: tú acabas de cumplir quince años, yo cumpliré en breve veintiocho, casi el doble de los tuyos; todos nuestros hermanos y hermanas están casados, y todos lejos del hogar materno: solo la mayor y la menor,

solo la primera y la última quedan en una situacion análoga: yo, viuda y sola con mis dos huerfanitos; tú, casi niña, bajo la tutela de nuestra madre enferma y de nuestra anciana abuela. Laura mia, la rama más antigua y más marchita del árbol busca á la más jóven, á la más fresca y florida. Las ilusiones de tu encantadora edad harán nacer en mi alma el consuelo, y acaso la alegría, que por ahora se halla sepultada con mi digno y excelente marido. Cuéntame tus inocentes alegrías, y yo te aconsejaré con el auxilio de mi experiencia. La vida, Laura, no es siempre de color de rosa; tiene amarguras y decepciones; yo te ayudaré á sobrellevarlas.

Cuando formo votos por las futuras perfecciones de mi pequeña Irene, solo anhelo que se parezca á tí: recuerdo, mi dulce hermanita, aunque hace cinco años que no te veo, cuando dormias conmigo, y que por la mañana, al despertarme, pasaba largo rato contemplando tu tranquilo sueño; tus negros ojos tenian, aun cerrados, la expresion de la más dulce y profunda sensibilidad; tu blanca y dulce carita, de mejillas redondas, me recordaba la de los ángeles que los escultores colocan para sostener los altares de los templos; tus cabellos castaños se rizaban con una gracia infinita al derredor de tu frente; en medio de todas las aflicciones que abrumaban á nuestra familia, al lado de nuestra madre, agobiada por las penas de la vida, tú eras el ángel de paz que alumbraba la oscuridad del cielo doméstico.

En el dolor de mi irreparable pérdida, me he acordado de que entras en la edad más peligrosa para la mujer; y como nuestra madre, siempre enferma, y nuestra anciana abuela no pueden educarte moralmente, tomo sobre mí esta árdua, pero grata tarea, que me distraerá y acaso te será útil.

Temo, mi pobre Laura, que á la vista de la enfermedad y de la decrepitud te formes de la vida una idea demasiado triste: acaso la veas aun más mala y más amarga

de lo que es en realidad; anhelo precaverte del error de hallarla demasiado sombría, ó del deseo de encontrarla siempre bella y risueña.

La vida tiene su lado bueno, y hay un medio infalible de alcanzar la dicha: el de ocuparse de la ventura de los demás; el pensar en la felicidad ajena, dedicarse á consolar á los que sufren, llevar con paciencia los defectos de las personas que tratamos, y conservar la conciencia limpia y pura de toda mancha.

Además de la suya propia, la mujer tiene en su mano el secreto de la ventura de su familia: para dársela no necesita sacrificios heróicos ni sobrenaturales, sino esas virtudes dulces y modestas que embalsaman el hogar, como el aroma de las violetas embalsama un hermoso jardin.

Ya hablaremos de esto.—Ahora, adiós, mi amada Laura: mis hijos te envian un abrazo, y otro para nuestra madre y abuela; yo os envío á las tres todo mi cariño.

Matilde.»

II

LAURA A MATILDE

«MADRID, OCTUBRE DE 18...

Tu carta, mi querida hermana, me ha llenado de alegría; parece como que un rayo de sol ha penetrado en mi alma, pues á la verdad, me hallo muy triste al lado de nuestra madre enferma y de nuestra anciana abuela; tanto, que mi espíritu afligido se abate más cada dia, y no sabía á quién volver los ojos para referirle mis pequeñas penas.

Ahora te las diré á tí: ahora tú serás mi confidente, tú me alumbrarás en el camino de la vida con la luz de tu experiencia, y tú resolverás las dudas que se me ocurran.

Ante todo, dime cómo haré para hallar tiempo en las multiplicadas obligaciones que me asedian cada dia; algunas veces, al ver que no puedo alcanzar á la mitad de mis quehaceres, me desanimo y lo dejo todo, tomando un libro y poniéndome á leer.

A la verdad, para mí sola es demasiada fatiga el cuidado de una casa; las criadas no me obedecen ni me respetan. A cada instante se están cambiando en casa, y esto ocasiona mucho desórden y mucha agitacion.

Siento á veces desalientos repentinos, tristezas que me agobian; á nuestra madre, á nuestra abuela, no las complazco siempre: si estoy desaliñada, me reconvienen; y si cuido de vestirme, me falta el tiempo para todo lo demás.—¡Ah! ¡qué falta me haces aquí, querida Matilde! ¡tú serías á la vez mi guia, mi amiga y mi protectora!

En esa ciudad encantada disfrutarás de todas las felicidades de la vida. —Los tea-

...seos, las diversiones de todo gé-
... horas: dicen que París
...e solo con salir á la ca-
... mil distracciones.
...! para colmo de males,
... dentro de pocos dias en
...tuado algunas leguas de
...á la entrada del invierno!
..., que, como sabes es ami-
...uestra familia, ha dicho á
... pasaremos el invierno me-
...drid, porque las habitacio-
nes de... á la estacion de los frios son muy cómodas y están guarnecidas de espesos tapices.

¡Ya ves qué perspectiva! Valdepaz es una aldea situada al pié de una colina y en la hondonada de un valle que la preserva de la crudeza de los frios.

¡Qué porvenir!

¿Qué haré yo sepultada allí durante todo un largo invierno?

¡Dios mio, solo al pensarlo siento horror!—¡No tendré ni con quién hablar, ni

Ante todo, dime cómo haré para hallar tiempo en las multiplicadas obligaciones que me asedian cada dia; algunas veces, al ver que no puedo alcanzar á la mitad de mis quehaceres, me desanimo y lo dejo todo, tomando un libro y poniéndome á leer.

A la verdad, para mí sola es demasiada fatiga el cuidado de una casa; las criadas no me obedecen ni me respetan. A cada instante se están cambiando en casa, y esto ocasiona mucho desórden y mucha agitacion.

Siento á veces desalientos repentinos, tristezas que me agobian; á nuestra madre, á nuestra abuela, no las complazco siempre: si estoy desaliñada, me reconvienen; y si cuido de vestirme, me falta el tiempo para todo lo demás.—¡Ah! ¡qué falta me haces aquí, querida Matilde! ¡tú serías á la vez mi guia, mi amiga y mi protectora!

En esa ciudad encantada disfrutarás de todas las felicidades de la vida. —Los teatros, los paseos, las diversiones de todo género, llenarán tus horas: dicen que París es tan hermoso, que solo con salir á la calle ya se disfrutan mil distracciones.

Yo, ¡ay de mí! para colmo de males, me iré á sepultar dentro de pocos dias en un pueblecito situado algunas leguas de Madrid, y esto á la entrada del invierno! El Marqués de B..., que, como sabes es amigo antiguo de nuestra familia, ha dicho á mamá que allí pasaremos el invierno mejor que en Madrid, porque las habitaciones destinadas á la estacion de los frios son muy cómodas y están guarnecidas de espesos tapices.

¡Ya ves qué perspectiva! Valdepaz es una aldea situada al pié de una colina y en la hondonada de un valle que la preserva de la crudeza de los frios.

¡Qué porvenir!

¿Qué haré yo sepultada allí durante todo un largo invierno?

¡Dios mio, solo al pensarlo siento horror!—¡No tendré ni con quién hablar, ni

sabré qué hacer durante las eternas noches!

¡Yo que soy tan propensa á fastidiarme, que me aburro tanto de todo!

Mamá, lejos de compadecerme, me riñe porque estoy descontenta y triste, y esto es una injusticia, porque no hay comparacion entre su edad y la mia; y bien se puede acordar de que, cuando contaba los años que yo tengo ahora, se divertia mucho y era muy feliz...

En fin, me consolaré leyendo, y para este fin me llevo todos los libros posibles, y he llenado ya un cajon muy grande; todo cuanto dinero he podido reunir, lo he empleado en comprar novelas bonitas y libros entretenidos.

Tambien me dedicaré á estudiar la música, á pesar de lo poco que me gusta el estudio; y eso será un bien para mí, porque aquí jamás hallaba un momento que dedicar al piano.— Lo reconozco; soy perezosa y descontentadiza; pero es porque la suerte me ha colocado en una situacion muy mala y muy desdichada!

En mis horas de soledad comparo frecuentemente mi suerte con la de Luisa, mi única amiga: tampoco tiene padre; pero su madre, jóven y hermosa todavía, y que adora en ella, la lleva á todas partes; su vida es una cadena no interrumpida de delicias; se levanta muy tarde, y pasa en el tocador dos horas; tiene siempre convidados á almorzar; recibe despues en el salon de su madre; si no tienen visitas, salen á paseo en un soberbio carruaje; vuelven á comer, y por la noche asisten al teatro ó reciben en su casa.

¿Se puede imaginar más dichosa vida?

¡Y para cada una de estas salidas, trajes, sombreros nuevos, encajes, guantes, joyas y flores!

Esta suprema dicha, esta dulce vida, es hija de la riqueza: ¡nuestra madre ya no la posee! La colocacion de tantos hijos, la muerte de nuestro padre, las enfermedades, las pérdidas, han echado por tierra nuestra antes opulenta fortuna: lo mismo tú que todas nuestras demás hermanas, ha-

beis difrutado mejores dias que yo: la muerte solo ha dejado para mí la escasez y las privaciones!

Dicen que la riqueza no es la dicha: yo estoy segura de que se engañan los que tal afirman: tal vez ellos mismos no lo creen así ¡Oh! la riqueza es la dicha, porque proporciona todos los goces y evita todas las penas.

Mamá está triste algunas veces, y es porque le falta dinero.—Si no me da en algunas ocasiones el vestido, el sombrero, los guantes que deseo, es porque no tiene medios para comprármelos.

Matilde, yo no comprendo por qué te casaste con un hombre casi pobre, cuando, segun dice mamá, tuviste varios partidos ricos donde elegir.

No haré yo semejante cosa, te respondo de ello; me casaré con un hombre rico, aunque tenga tanta edad que parezca mi abuelo.

Si por algo me alegro cuando oigo decir que soy bonita, es porque, siéndolo, acaso podré hallar lo que se llama un buen

partido: ¡acaso me amará un hombre rico, quizá millonario!

¡Tener carruaje, abono en los teatros, casa magnífica, suntuosa mesa, una turba de camareras y una legion de criados! ¡Tener en el invierno el salon adornado con vasos del Japon llenos de las más hermosas flores! ¡Comer todos los dias con amigos de ambos sexos, alegres, galantes, amables y de buen tono! ¡Dar bailes en mi propia casa y asistir á los que den los demás! ¡Llevar el cetro del lujo, de la elegancia, de la distincion!... ¡Ah, eso debe ser la suprema, la infinita felicidad!

Por supuesto, hermana mia, que cuando yo sea rica no me olvidaré de los pobres, y sobre todo, de las desgraciadas familias que como la nuestra están en la escasez: yo buscaré el medio de socorrerlas delicadamente.

Adiós, hermana mia: esta carta te parecerá demasiado larga, y está llena de puerilidades: necesitaba un poco de expansion, porque estoy muy triste!

Laura.»

III

MATILDE A LAURA

«PARÍS, OCTUBRE DE 18...

Tienes razon, mi pobre y querida hermanita; todos tus hermanos han conocido dias de más próspera fortuna que tú; nuestro padre tenía un gran caudal, que empezó á perder cuando ya estábamos todos casados; se arruinó por completo, y el pesar le costó la vida; no pudo hacerse superior á la desgracia, y dejó sumergida en la soledad y casi en la pobreza á su madre, á su esposa y á tí, último é inocente fruto de su union, aun de muy corta edad.

Nuestras hermanas Amalia y Carolina han seguido siendo las hijas mimadas de

la fortuna: yo he experimentado reveses muy semejantes á los que ha sufrido nuestra buena madre: me casé con un hombre digno y honrado, pero sujeto á un sueldo modesto; sin embargo, fuí dichosa, porque le amaba y él me amaba tambien; murió, y jamás me consolaré de su pérdida, ni el vacío que él ha dejado en mi corazon se llenará con otro amor. Me ha quedado una corta viudedad y dos pobres niños de quienes cuidar; y si vivo en París y no al lado de mi querida familia, es porque está aquí establecido un hermano de mi esposo, que favorece á sus sobrinos y me ha prometido costear su educacion.

Acaso tú, hermanita mia, no estabas enterada de todas estas particularidades, y te las digo para que me mires como á tu amiga, para que conozcas mi pasado y mi presente, y para que sean más eficaces los consejos que te he de dar, guiada por mi experiencia y por mi deseo de verte dichosa.

La felicidad, mi querida niña, reside so-

lamente dentro de nosotros mismos: el que se contenta con su suerte, el que no desea bienes mayores que los que posee, aquel es el sér conpletamente dichoso.

Crees tú que el dinero es el primer elemento de ventura, y te equivocas mucho: el dinero, Laura mia, no puede nada para las penas del corazon, no cura ninguna herida, y en cambio abre muchas llagas.

Ya que tienes tan laudable y decidida aficion á la lectura, permíteme que te recomiende la lectura de una preciosa novela de M. Henri Conscience, tan dulce y moral como todas las suyas, y que se titula *La dicha de ser rico*; verás en ella cómo una familia, muy feliz en tanto que fué pobre, llegó á ser muy desgraciada desde el instante en que adquirió la riqueza que ansiaba; verás cómo, paso a paso, perdió la paz del alma, las santas alegrías del hogar, y hasta la tranquilidad de la conciencia. Una modesta medianía que nos preserve de los enervantes placeres de la vanidad y de los temores de la pobreza, es lo que más los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

acerca á la felicidad; es verdad que la opulencia proporciona una casi completa ociosidad; mas ¿tú crees que la ociosidad es un bien? No, Laura mia. Dios, al darnos el trabajo como ley, nos dió en él un elemento de dicha y el mejor amigo que podemos tener.

El trabajo nos proporciona una satisfaccion interior que ninguna otra cosa puede darnos; oye lo que que dice el excelente escritor francés Octavio Feuillet:

«Bajo la corteza del trabajo más duro y más ingrato existe un fruto de un sabor delicioso, que el pobre conoce y que el rico deberia deplorar no conocer: es la satisfaccion de una ley cumplida y el contentamiento de sí mismo.»

No te desanimes porque ves que el tiempo es corto para tus ocupaciones: te sucede hallarle insuficiente, porque no tienes señaladas horas fijas é invariables para todo: levántate temprano, y llevarás un gran adelanto todo el dia; y cuando por la noche, á la hora del reposo, pases revista en tu interior á las cosas de que te has ocupado, al decirte que has empleado bien el dia, sentirás una alegría deliciosa y una calma perfecta.

Laura, nuestro destino no es brillar, sino cuidar de la dicha del hogar doméstico; no debe ser la mujer, dentro de su casa, el blandon que deslumbre hiriendo los ojos, sino la dulce y pura lámpara que alumbre hasta los más escondidos rincones; nuestra tarea es modesta, silenciosa, vulgar algunas veces, y otras dolorosa; mas en cambio, de nosotras dependen la paz, la alegría y el bienestar de la familia, y si no obtenemos aplausos, alcanzaremos bendiciones. No sé por qué te quejas de ir á vivir á Valdepaz. ¡Qué feliz sería yo si pudiera ir á vuestro lado con mis dos huerfanitos! Conozco esa aldea, que es un oásis de paz y de verdura, comparado con la aridez de los campos que rodean á Madrid; parece que algun genio benéfico le ha hecho brotar á la vista del Guadarrama, como contraste de sus nieves y de sus eternos frios; pare-

ce que aladas ninfas le visten de flores y arrojan sobre él mantos de verdura y arroyos de agua pura y azulada. Valdepaz es una encantadora anomalía de las áridas llanuras de Castilla, y la vista reposa sobre él como sobre un bello paisaje despues de haber contemplado el desierto durante largo rato.

Se entra en la aldea por un largo paseo de tilos, que en el verano forman arcos de un verdor y una espesura impenetrable, y que cuando nieva parecen gigantes de mármol que guardan un primoroso nido de alondras: al fin de esta larga calle está la iglesia, en el centro de una plaza, y luego se extiende el pueblecillo, blanco con los tejados vestidos de encarnado.

El palacio de los Marqueses de B... no puede ser más hermoso; nuestra abuelita sentirá apenas el frio en un gabinete que hay en el ala derecha, y que era el que ocupaba la Marquesa: de tal espesor son las paredes, que en el hueco de cada ventana habia formado un pequeño aposento: tenía

colocada en el uno su mesita de labor, y del otro habia hecho un pequeño oratorio; esta dama, jóven y bella, ha pasado allí muchos años de su vida, á la vista de una corte que la brindaba con todos sus atractivos, y únicamente dedicada al cuidado de su esposo doliente y de sus hijos; y sin embargo, se hallaba tan dichosa cumpliendo con su deber, que jamás salieron su pensamiento y sus deseos de las paredes de su casa.

Las grandes chimeneas, los espesos y ricos tapices, no dejan temer los rigores del frio; en cuanto al fastidio que tanto temes... permite que te diga que tu temor es infundado: tienes obligaciones que cumplir; tienes á quién amar, y el estudio de la música y de la pintura te proporcionarán útil distraccion: no te quejes, pues; y si lo haces, permite que no te compadezca.

Matilde.»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

LAURA A MATILDE

«VALDEPAZ, NOVIEMBRE DE 18...

Hemos pasado aquí la fiesta de Todos los Santos, es decir, el dia más triste del año; mamá y yo hemos rezado en la iglesia toda la mañana, y por la tarde la he acompañado á dar un largo paseo.

Aquí no se siente el frio, en efecto, pues la montaña, como una madre benéfica, protege este valle de la crudeza de los temporales y de los rigores del invierno; algunos olivos, eternamente verdes, crecen á la falda del monte, y todo anuncia que en el estío ha de ofrecer esto un paisaje encantador.

Me parece que mi alma ha hallado aquí

la paz de que antes carecia; en Madrid, y en el centro de las diversiones, deploraba el no asistir á ellas, y más cuando oía á Luisa hablar de lo brillante que habia estado el teatro la noche anterior, y de lo mucho que se habia divertido en la Castellana. Luisa, te lo confieso, era el perpétuo tormento de mi vida: casi habia llegado á detestarla, y al mismo tiempo ejercia sobre mí una atraccion que no me sé explicar; una fascinacion de la que no podia huir, y que me perseguia constantemente: aquí no la veo; y aunque echo de ménos su presencia, me hallo tambien tranquila sin ella.

¿Será eso lo que se llama envidia? Vergüenza me daria el que me dijeras que sí: y no obstante, cuando recuerdo que la envidia es *ver con pesar el bien ajeno*, me digo con dolor que yo envidiaba á Luisa todas las ventajas que tiene sobre mí.

Hay aquí tambien algunas personas á quienes tratar. Una de ellas, el señor cura, que es una persona jóven aún, muy instruído y muy amable; este señor podia vivir

en Madrid, y rehusa hacerlo porque su madre ha nacido en este pueblo y le tiene gran cariño; él tambien ama á todos los habitantes, les ayuda en sus trabajos y les consuela en todos sus disgustos, como un padre cariñoso.

Vive con ellos una hermana del señor cura, que apenas cuenta diez y ocho años, y que es una muchacha muy agraciada, y además un ángel de bondad; ésta es mejor amiga para mí que Luisa, porque yo la soy superior en todo, y ella me profesa una sincera admiracion y está siempre deseosa de complacerme.

El ejemplo de esta jóven es muy á propósito para fortalecer mi paciencia; ella trabaja mucho, cuida de su madre y de su hermano, y excepto las faenas más rudas, que desempeña una criada, todo lo demás de la casa está á cargo suyo.

Se llama Fernanda, y tiene una figura muy bonita y muy distinguida.

Yo me digo algunas veces, mirándola con curiosidad:

—Hé aquí un sér dichoso y que hace la felicidad de cuantos viven á su lado; y sin embargo, tiene ménos elementos de dicha que yo; jamás ha salido de esta aldea; acaso no se casará en ella jamás, ni tiene otras distracciones que cuidar de sus flores y sus aves. ¿Por qué está siempre tan alegre, y yo tan triste? Por lo que dice mi hermana: porque cumple con su deber.

Hay aquí tambien un señor de edad avanzada, que tiene un hijo de veinticuatro años de edad; este jóven, que estudia en Madrid y está en los últimos años de su carrera de abogado, viene todos los sábados por la tarde y se marcha todos los domingos por la noche, para no faltar á la clase del lunes; es como un eco de la civilizacion y del mundo que nos llega cada semana, porque él va á los teatros y á paseo, y además nos trae libros y periódicos; dícese que el médico le quiere casar con una de sus hijas, alta y melíflua señorita cuyo retrato quiero hacerte.

Esta jóven, que se llama Agueda y que

se hace nombrar en latin *Agatha*, pasa por tener tanto talento como caudal, y á fe que no es poco decir; pero yo pienso que es una marisabidilla y nada más; llama á todas las cosas con los nombres más sonoros que puede hallar, y tiene siempre un porte tan erguido y desdeñoso como Juno, la orgullosa reina del Olimpo.

Verdaderamente, esta jóven es bastante instruída: ha leído mucho y tiene una gran memoria, circunstancia que hace aparentar talento aunque no se posea: el que tiene memoria se adorna con los conocimientos ajenos como si fueran propios, y hace gala de lo que ha aprendido; mas yo quiero pasar mejor por ignorante que por marisabidilla, huyendo de hablar un lenguaje que pocas veces es el comprensible.

Todas las jóvenes huyen de ésta, que parece dedicada á motejar la ignorancia de los demás con la perpétua exposicion de sus conocimientos; ella habla de arte, de ciencia, de política, y creo que de todo habla bastante bien y sabe lo que dice; pero

ignora por completo lo más esencial en una mujer; no sabe ser amable, sencilla y cordial, y como nadie la comprende, todos la temen y la miran como un fenómeno.

Su hermana es tambien un tipo original, pero más desagradable todavía; es la primera en burlarse de la marisabidilla Agata; así la llama ella; dice que la conviene mucho más saber coser y bordar bien, que no andar siempre entre librotes y papeles; está además muy sentida porque su hermana no se cuida de nada y es ella la que tiene que llevar todo el peso de la casa.

El médico adora á su hija mayor; la cree un sér superior y casi sobrenatural, y todo su afan es casarla con el abogado cuando lo sea.

Este jóven es muy cortés y tiene una educacion muy distinguida; á nosotras nos visita todos los domingos con su padre, anciano alegre y de condicion pacífica y bondadosa; se llama Andrés Sandoval, y quiere á su padre con la mayor ternura.

Adiós, mi buena hermana; ¿qué te parecerán estos retratos al leerlos en ese hermoso y dorado París? Bien pobres y bien insignificantes.

Te abraza con todo su corazon

Laura.»